



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana, en la ordenación sacerdotal de  
Roberto, Boris y Sergio.**

**S.M.I. Catedral de La Habana,  
4 de agosto de 2007.**

Queridos hermanos y hermanas:

En esta mañana se congrega con profunda alegría nuestra Iglesia de La Habana para una especial celebración de la Eucaristía. La Iglesia Diocesana no es primariamente un territorio delimitado, la Iglesia está donde el obispo, pastor del rebaño de Cristo, unido a sus presbíteros y fieles, hace visible al pueblo de Dios; es decir, la Iglesia diocesana es una porción del pueblo de Dios, guiada por el obispo, no un pedazo de territorio. Y nunca se hace más presente la Iglesia que cuando celebra el obispo la Eucaristía rodeado de sus presbíteros y diáconos y de otros fieles de la Comunidad diocesana.

Nuestra alabanza a Dios y nuestra acción de gracias se hacen aún más hondas cuando el Pastor diocesano se dispone a consagrar, por la imposición de sus manos, a tres nuevos sacerdotes, que serán distribuidores de los dones de Dios a su pueblo. Porque es esto lo que harán ustedes, Roberto, Boris y Sergio, ejercer su mediación

entre Dios que los ha escogido portentosamente y ese pueblo de Dios que los rodea en este día, que es parte de la Iglesia diocesana de La Habana, para cuyo servicio su Obispo, por el sacramento del Orden, los incorporará a su presbiterio.

La sacramentalidad es un rasgo específico del sacerdocio ministerial. El presbítero llega a ser presbítero por el sacramento del orden, lo que quiere decir que su ministerio tendrá siempre un origen sacramental, y lo ejercerá además por medio de otros sacramentos, especialmente por el sacramento de la Eucaristía y el de la Reconciliación.

Serán ustedes ministros del culto nuevo, de la Alianza nueva. Y, ¡cuán diverso es este culto de los ritos de la Antigua Alianza! Porque el culto no es sólo nuevo porque haya sustituido a los antiguos ritos sacrificiales, como si dijéramos: En la Antigüedad el sacerdote ofrecía carne y sangre de animales a Dios; pero en el culto nuevo de la Iglesia se sustituye la carne por el pan y la sangre por el vino. Ese sería un modo superficial y falso de presentar la novedad sacramental. Para saber cuál es el culto sacramental cristiano tenemos que mirar a Cristo y ver en su sacrificio de la Cruz el punto de partida de nuestro culto.

Cristo puso punto final al culto ritual del Antiguo Testamento y a todo culto ritual de ese estilo, e introdujo un cambio radical en el

modo de realizar el culto. Jesús combatió el ritualismo externo de la religión de su pueblo: *“ustedes purifican la copa y el plato por fuera, pero por dentro están llenos de codicia y de iniquidad”* (Lc 11, 38).

Es decir, entre dos estilos de servir a Dios, uno con ritos y ceremonias, y otro con dedicación al prójimo, Jesús optó claramente por este último, en la certeza de corresponder así al deseo de Dios.

Dios prefiere la misericordia, o sea, la atención al ser humano necesitado o pobre, a la religión ritualista. Este fue el sentido de la predicación y de la acción de Jesús; pero también éste fue el significado de su muerte, pues la muerte de Cristo no tuvo nada de ritual. El género de muerte que padeció Jesús no se asemeja en nada a un sacrificio ritual; más bien se presentó como lo contrario al rito de un sacrificio. La muerte de Jesús fue la ejecución de una condena, por tanto un acto real y nada ceremonial, infamante y no glorificador. Lo dice claramente San Pablo: *“Cristo llegó a ser maldición, porque está escrito: ‘maldito todo el que cuelga de un madero’ ”* (Gal 3, 13).

Pero “en este acontecimiento que no tuvo nada de ritual nosotros reconocemos un nuevo género de sacrificio, es más, el único sacrificio verdadero y perfecto” (Vanhoye). Pues la muerte de Cristo

quedó transformada desde la interioridad de su corazón al ofrecerse con amor extremo: amor filial hacia el Padre y amor de hermano hacia los hombres. Esta muerte de Cristo es el único sacrificio verdaderamente digno de Dios. En el Salmo 50 rezamos con frecuencia diciendo con el salmista al Señor: *“los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto no lo querías, mi sacrificio es un espíritu humillado, un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias”*. En Jesucristo el sacrificio consistió justamente en un corazón traspasado por la entrega filial y radical *“hasta la muerte y una muerte de Cruz”* (Fil 2, 8). La oposición a que aludía el Antiguo Testamento entre misericordia y sacrificio, siguiendo el deseo de Dios expresado por el profeta Oseas: *“misericordia quiero y no sacrificios”* (Os 6, 6), fue superada por Jesús, pues muriendo por el pecado de sus hermanos El ofrecía a Dios un sacrificio que era al mismo tiempo un acto de misericordia sin límites para con nosotros.

Cristo ha cambiado así el concepto de culto, porque en vez de poner el culto en ritos que van junto a la vida, El lo ha puesto en la realidad misma de la existencia del hombre, de forma tal que los acontecimientos reales de la vida de Jesús llegan a ser actos de culto: lavar los pies de sus discípulos, sentarse a la mesa para la Cena que tanto había deseado comer con ellos, morir en la Cruz: la

vida y la muerte de Cristo son el acto de culto que nosotros celebramos en cada cena eucarística en memoria de El y por mandato de El.

A la luz de la revelación del Nuevo Testamento sólo un culto existencial puede ser agradable a Dios. Cristo no sustituye el culto ritual antiguo por otro ceremonial, sino por el ofrecimiento de sí mismo en el acontecimiento de su muerte de Cruz en el Calvario.

El culto cristiano es el ofrecimiento de la propia vida allí y en el momento que nos toca vivirla y dejar que nuestra existencia se transforme por el amor que viene de Dios. Esta es la novedad del culto cristiano que ustedes, queridos hijos, deben presidir y orientar. Este culto renovado reclama del sacerdote de la Nueva Alianza un corazón también transformado para ser capaz no sólo de presidir y de ofrecer el acto litúrgico en la celebración de la Eucaristía, sino de implicar toda la propia vida en esta ofrenda y hacer que la vida de sus hermanos y hermanas, aquellos que el Señor confía a sus cuidados, sea ofrecida por ellos con Cristo al Padre. Para esto, es necesario el pastoreo que prolonga la acción litúrgica, que la prepara siempre, que le da fondo y contenido, y que consiste en acompañar a los hombres en el camino de sus vidas.

Así lo vemos tipificado en el relato evangélico que hemos escuchado hoy, donde se nos presenta a dos discípulos camino de

Emaús, alejándose de Jerusalén, desconocedores del sentido de aquella muerte de Jesús, ocurrida en la ciudad santa, que ellos estimaban un fracaso. Desolados y deprimidos, se acerca a ellos un peregrino, que resultó ser el mismo Cristo, y les fue desvelando el sentido de la historia y de los acontecimientos recientes a la luz de la revelación bíblica, haciendo que la palabra de Dios encontrara su realización en lo que históricamente acababa de ocurrir, que desde Moisés hasta los profetas y sabios de Israel, aquellos relatos dejaran de ser libro muerto para convertirse en palabra viva que anunciara todo cuanto tenía que suceder, porque era necesario aquel sacrificio, pues no habría culto nuevo sin la entrega del que había venido enviado por el Padre. Así el fracaso de la Cruz recogía todos los fracasos del ser humano en sus esfuerzos por llegar hasta Dios, por levantarse de su miseria, y los hacía desaparecer ante la misericordia sin límites de un Dios que es amor y perdona y salva. Este es el camino que ustedes, como sacerdotes, deben hacer con sus fieles. Este es el trabajo del Pastor: la interpretación de la vida a la luz de la palabra revelada, que hace que los hombres levanten la vista del camino que parece cerrarse ante ellos, para ver más lejos, más alto y para que la frialdad de los corazones o el desierto interior que invade muchas almas sean transformados por la llama del amor de Dios que arde en el interior de quienes acogen su Palabra.

Entonces podrán desandar el camino de sus vidas, como hicieron los discípulos de Emaús, y volverse a Dios y encontrar a la comunidad de fe. Pero es cierto también que aquel camino de los discípulos de Emaús terminó en la fracción del pan que Jesús realizó ante sus ojos, cuando quedaron estremecidos al reconocerlo plenamente como el Cristo a quien habían conocido y seguido.

El acompañamiento de sus fieles, que es deber de ustedes, se efectuará al modo de Jesús, haciendo camino con ellos, camino que llevará siempre a la fracción del pan, a la Eucaristía. Allí se hará la revelación plena de Jesús en su ofrenda, en su entrega. Si las palabras hacen comprender a sus fieles que es necesario un sacrificio, una entrega de toda la vida como lo hizo Jesús para entrar en su gloria, que ése es el culto nuevo al cual han de asociarse sus discípulos; la Eucaristía nos hace apropiarnos de los dones de Dios, de las gracias que nos alcanzó la ofrenda de Jesús, nos hace también a nosotros capaces de entrega. La Eucaristía le da el sentido pleno y verdadero a nuestro caminar; allí encuentra el discípulo lugar de descanso para acopiar fuerzas y punto de partida para ir a anunciar al mundo entero a otros hombres que hay una vida nueva, un culto nuevo de toda la vida, una verdadera posibilidad de salvación.

Ustedes serán discípulos y misioneros de Jesucristo en Cuba, para que nuestro pueblo en El tenga vida. Así nos quiere a todos la Iglesia

en América Latina y el Caribe al convocar a Obispos, sacerdotes, diáconos, personas consagradas y laicos a ponerse en estado de misión en cada uno de nuestros países. A partir de esta convocación misionera el Papa Benedicto XVI ha proclamado una nueva etapa en la vida de la Iglesia en América Latina y el Caribe. Ustedes son convocados, como sacerdotes, a vivir el discipulado y la misión. El sello sacramental del sacerdocio cristiano marcará sus vidas para siempre. Serán quienes ofrezcan el único sacrificio de Cristo al Padre y los que acompañen a los hombres y mujeres de su pueblo por ese camino de ofrenda, camino de santidad que incluye el perdón misericordioso de los pecados, confiado por Dios también a ustedes en el sacramento de la reconciliación. No sólo serán voz que clama, sino servidores de la Palabra de vida que es Cristo, para que la misericordia de Dios llegue a sus hermanos.

Como Moisés, llamado por Dios para una tarea inmensa, deben hablar con Dios cada día, como habla un hombre con su amigo. Del Sacramento del Orden tiene origen la misión de ustedes y en la oración cotidiana se alienta y se dispone el espíritu para recomenzarla cada día, porque es allí donde encontramos la única seguridad que hace posible nuestro quehacer pastoral. Así en cada momento, en cada situación difícil, debe resonar en nosotros la voz de Dios que nos dice en la oración de cada día: “*yo mismo iré*”



*contigo y te daré descanso*". En la oración tendrán ustedes la experiencia de la bondad de Dios y de su misericordia para con ustedes mismos, necesitados también de ser acompañados por el Señor para poder acompañar a sus hermanos.

Aunque la misión sea difícil y la dureza o frialdad de los corazones nos haga sentir cansancio o decepción, caeremos en tierra de rodillas, como Moisés, para decirle al Señor que nos ha llamado que, si hemos hallado gracia a sus ojos, se digne venir en medio de nosotros y aunque la hora de la historia haga difícil la acogida del mensaje salvador, queremos ser intercesores que piden a la vez misericordia para nuestro pueblo y perdón por nuestras iniquidades y pecados.

Porque la humildad será la que nos ubique en la verdad de nuestra condición y de nuestro ministerio. El sacerdocio es un don de Dios recibido para que nosotros podamos ofrecer a nuestros hermanos los dones de Dios como mediadores del culto de la Nueva Alianza, un culto que es ofrenda litúrgica, pero que implica también toda la vida. Ahora bien, quien lo ofrece lo ha recibido todo gratuitamente, porque Dios, *"rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir por Cristo: por pura gracia están salvados"*, tanto ustedes como todos los que creen en Cristo y lo aman. También nosotros, los

ministros del Señor, a quienes *“Dios nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con El”*, somos simplemente pobres mediadores que por el don sacramental del Orden sacerdotal ejercemos nuestra misión para hacer que los dones de Dios lleguen a los hombres. Sólo desde esta humildad podemos invitar a los hombres y mujeres de nuestro pueblo a volverse al Señor para dedicarse *“a las buenas obras que El determinó practicásemos”*.

Modelo de humildad es para el sacerdote María Virgen, tierra fecunda que acogió la semilla vivificadora de la Palabra de Dios que se hizo carne en su seno y habitó entre nosotros. Sólo al modo de María que se sentía servidora levantada de su humillación por Dios, que enaltece a los humildes y derriba a los soberbios, podremos glorificar al Señor, alegrarnos en Nuestro Salvador y proclamar a todos la grandeza de Dios. Que María Virgen sea a la vez para ustedes modelo perfecto de entrega amorosa al Señor y madre amante que los sostenga en la vivencia de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, que acompañan la vida sacerdotal como requerimiento fundamental del don de nuestro corazón a Cristo.

Respondan ahora, queridos hijos, al llamado que les hará la Iglesia con la decisión y la confianza de Moisés; dispongan su alma con humildad, en oración, como María, para recibir el sacramento del

Orden, don precioso que los pone al servicio de su pueblo, y sientan que su Obispo que les impone las manos, es como ustedes, discípulo del Señor y misionero de su Reino, y en su pobreza los necesita como ayuda valiosa para cumplir El también el mandato del Señor.

San Juan María Vianney, modelo de virtudes sacerdotales, cuya fiesta celebramos hoy, sea para ustedes fuente de inspiración para vivir la grandeza y sublimidad del sacerdocio con profunda humildad en la pequeñez de lo cotidiano.

Dios compasivo y misericordioso, que siente ternura por sus hijos los colme con su gracia.

Amén.